

bían publicado antes de la aparición de *Cien años de soledad*, como Caballero Calderón, Zapata Olivella, Rojas Herazo y Cepeda Samudio. Entre los que han logrado escapar de la sombra garciamarquiana, Cobo Borda señala principalmente a Ricardo Cano Gaviria (*Prytaneum*, 1981) y a Rafael Humberto Moreno Durán (*Juego de damas*, 1977, pág. 114).

Hay además comentarios sobre las obras de Juan Gossain (*La mala hierba*, 1981), "cuyos méritos son más los del documento que los de la ficción"; Umberto Valverde ("Celia Cruz aun aguarda su biógrafo"), Helena Araújo y Marvel Moreno ("Mujeres al ataque"). Y de Andrés Caicedo, Roberto Rubiano, Antonio Morales, Amílcar Osorio y Marta Traba.

El resto del libro es un conjunto variado sobre Colombia, Latinoamérica y Europa: hay noticias sobre muchos poetas colombianos contemporáneos y otros varios del pasado, al lado de Rilke y López Velarde; sobre El Dorado y la Conquista; el modernismo; Vargas Vila en la Argentina; Colombia en las décadas del treinta y del cuarenta; el nadaísmo; escritura y feminismo; la poesía hispanoamericana y colombiana; Emir Rodríguez Monegal... Y una entrevista del poeta peruano Miguel Ángel Zapata al mismo Cobo Borda.

Finalmente aparecen varios textos cortos de Borges. Al publicarlos, Cobo Borda continúa su labor de investigador sobre el argentino, cuyos antecedentes están en *El aleph borgiano* (Bogotá, Biblioteca Luis-Angel

Arango, 1987), "Borges Académico" (en *Correo de los Andes*, Bogotá, núm. 53, 1988) y en su libro *Visiones de América Latina* (Bogotá, Tercer Mundo, 1987). Entre los textos ahora publicados se destaca "El propósito de Zaratustra", sobre Nietzsche y el mito del eterno retorno, texto que fue publicado originalmente por La Nación en 1944.

La narrativa colombiana después de García Márquez es, pues, una colección de artículos, conferencias, prólogos de un lector sagaz por una bibliografía inmensa. Ante este mosaico, no es posible adoptar una estrategia única para dar cuenta del contenido global del libro, en el espacio de esta reseña. Tampoco es posible sintetizar un propósito unificador que dé cuenta de todo el material presentado. Esta forma de reunir textos tiene, además, escollos insalvables, y posibilita vacíos y repeticiones. (Por ejemplo, las páginas 210 y 290 traen la misma información de las páginas 105 y 106; la página 198 reproduce un texto casi idéntico al de la página 101).

En resumen, el libro de Cobo Borda compila textos que de otra manera no serían de fácil acceso. Es un aporte al diálogo crítico sobre los nuevos hechos de nuestra literatura, y en el campo de nuestra narrativa trae noticias sobre obras, escritores y tendencias; pero por la amplitud de temas esbozados y las estrategias analíticas utilizadas, no permite una lectura concluyente.

ALVARO PINEDA BOTERO

El derecho a soñar

Las batallas de Rosalino

Triunfo Arciniegas

Primer premio VII Concurso Enka de Literatura infantil, Medellín, Editorial Colina, 1989, 190 págs.

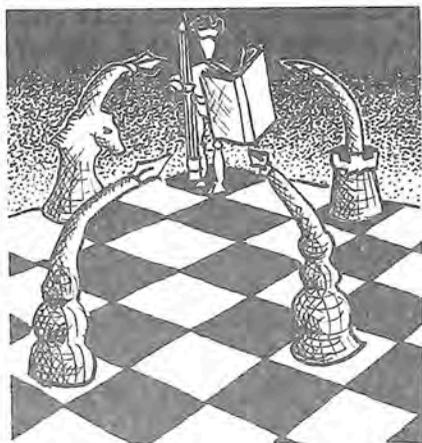
"Escribi para los niños un libro alborotado y feliz, escribi un homenaje a

mi padre, a sus cuarenta años como herrero". Palabras extractadas del texto leído por el autor, al recibir el premio Enka de literatura infantil, en marzo de 1989, por su novela *Las batallas de Rosalino*.

Triunfo Arciniegas nos enseña un libro donde se condensan la realidad y la imaginación, el humor y la fantasía, un libro para reír más que para leer. *Las batallas de Rosalino* plantea otro camino a nuestra literatura infantil, enmarcada en las mismas tramas superficiales que la precocidad de los niños de hoy no se tragan, en retomar una pseudopedagogía decadente, de moralejas que manejan los adultos y que ahogan la poca literatura que aún queda, en encasillar el argumento a unos animales con papeles preestablecidos, como lo hacía la literatura de otros tiempos, y como si en el fondo existiera un parentesco entre los niños y los animales.

La magia de una obra como *Las aventuras del barón Münchhausen* está en ver ante nuestros ojos aparecer y triunfar la imaginación, no importa si los métodos empleados son descaradamente inverosímiles o absurdos: salir de un pantano agarrándose por los cabellos y tirando con todas las fuerzas, pasear por el espacio montado en balas de cañón, bajar de la luna tendiendo una cuerda hasta la tierra. Sólo faltaría a este bizarro barón agregarle la ternura y la humanidad de nuestro ingenioso hidalgo don Quijote para completar la metáfora.

Estos dos modelos de libros, suma de historias, de maravillosos viajes, de campañas fantásticas, tienen ese algo que los libros de hoy no logran, y es el poder de encantamiento. Ese cierto grado de verosimilitud, de fidelidad, de autenticidad que el joven le pide a la fantasía. Único método para que las palabras seduzcan al muchacho, o al niño que cada hombre lleva sofocado dentro. La verosimilitud que pide el joven a la imaginación, fácilmente detecta si el texto se falsea: el barón o el hidalgo funcionan con autonomía propia, no se desmienten en la trama, la pluma de sus creadores no estropea su existencia poética, el artificio no desdibuja su presencia real en el escrito. Sólo en ese instante continuado a través del



relato llega el placer de la lectura, esa aventura en el papel, esa derrota del aburrimiento por medio de la imaginación, ese encantamiento de la palabra.

Esto mismo ocurre con el caballero Rosalino Mendoza en sus batallas: cobra, por entre las palabras que construyen la historia, vida propia. Rosalino va dibujando sus caracteres, su personalidad, sus miedos en cada página. Mezcla de héroe medieval y maestro de herrería de pueblo, mezcla de un espacio universal del que no se desliga la referencia al espacio colombiano, tránsito de la literatura infantil rural a la urbana: "Rosalino se sometió a un riguroso régimen de ejercicios. Sudó la gota gorda. Le ganó en los cien metros a Ben Jonson y Pluma Pintada y unas treinta maratones a Víctor Mora, un puro viento" (pág. 25).

Las batallas de Rosalino es, sin lugar a dudas, un hermoso pretexto para homenajear al Quijote, y fue, según el autor, escrito en 1988 en una sola sentada de treinta horas y reelaborado en todo el año del dragón. "El libro da cuenta de tres batallas de Rosalino Mendoza llamado Picaflor, un herrero famoso, un caballero a la antigua, que por esos asuntos de salvar doncellas, pulgas desamparadas y gatos muertos de miedo, se enfrenta a terribles y espantosos enemigos (un zancudo, una bruja, un dragón) y los vence a franca lid" (Gaceta, núm. 2, Colcultura). "Es el retrato de mi padre, herrero de profesión. Un caballero medieval con la vitalidad de una cabra loca y la fantasía de un niño. El libro cuenta las prodigiosas batallas de Rosalino Mendoza, contra el zancudo que mató novecientas pulgas, la bruja más gorda y el dragón de Chichira" (Entreletras, núm. 18-19, Villavicencio).

Las batallas de Rosalino es un intento por defender la imaginación del niño, es tributo al derecho de soñar, al placer de escribir, donde se suma la aventura, el mito, lo vivido, lo picaresco. La novela de Triunfo Arciniegas logra perfectamente hacer una síntesis entre la realidad y la fantasía: "El gallo era puntual. Un reloj suizo de hueso y pluma que no requería cuerda ni pila. Solamente maíz. A

las cinco aleteaba tres veces y cantaba, seis o nueve sonorísimas notas, según su horóscopo personal. Si el día se anunciaba bueno, nueve. Si sería malo, seis... Era soñador y melancólico, como todo piscis que se respete. A veces recordaba versos. Conocía las obras completas de Rubén Darío y algo de Bécquer" (pág. 56).

En un estilo decantado, con un tono muy personal, convierte los arquetipos provenientes de la tradición cuentística europea en personajes de nuestros pueblos y campos, enriqueciéndolos en los nuevos contextos: la bruja era tan gorda como si la hubiese pintado Fernando Botero, el dragón es ajedrecista y juega partidas interminables con san Jorge, a quien ya se le oxidó la armadura, y el mismo caballero medieval Rosalino, quien irónicamente es un herrero de pueblo.

Con un lenguaje fluido, elemental, popular, exento de todo malabarismo lingüístico, logra el autor arrastrar con los sueños y el humor: "El gato llegó con un pedazo de guitarra: 'Encontré la gata con la que voy a pasar el resto de mis días'. El maestro le corrigió desde la nube del tabaco: 'De tus noches, caballero'... —¿No quieres probar tu platito de leche?— No sólo de leche vive el gato —suspiró el enamorado, el filósofo, el serenatero— linda es mi vida... —¿La bruja más gorda del mundo?— Sí —¿La del lunar en la nariz?— Sí —¿La de las medias rojas?— Sí —¿La del ombligo redondo?— No sé pero sí" (págs. 48-49).



A la gracia, el ingenio, la transparencia del lenguaje cargado de imágenes y colores que detonan a cada paso de la lectura, se suman las treinta y ocho ilustraciones que acompañan el texto. Son dibujos realizados excepcionalmente por el propio autor, que recrean e interpretan logradamente las peripecias relatadas, y seducen por su fidelidad con la ficción contada. Es difícil deducir si son los personajes dibujados quienes inspiraron la narración o si, por el contrario, son los personajes contados quienes hicieron surgir del texto el trazo de cada dibujo.

Triunfo Arciniegas es profesor de una escuela, y ha convertido sus clases tradicionales en talleres de teatro, lectura, escritura y aun de dibujo. Este método inusual sirve de filtro para cada una de sus creaciones. En una de sus experiencias con el taller La Manzana Azul, el autor comenta acerca de la imagen que da principio y cierra *Las batallas de Rosalino*: "un gato grande y negro llegó a la casa de Rosalino y se metió a la botella" (pág. 11). Mientras un adulto que leyó por primera vez el texto le preguntó cómo había hecho el animal para introducirse en la botella, los niños del taller dieron por sobreentendida la magia de no ver siempre un barquito dentro de una botella, sino de encontrarse con una nueva ficción: la de un gato que escogió como habitación una botella verde de vino.

Las batallas de Rosalino como forma novelesca recupera el tiempo y su duración a través del héroe y la fantasía que él genera. Veintidós cortas partes constituyen la estructura de la novela, sostenida en tres nudos (tres batallas), que van desde el viaje hasta el regreso con entrada triunfal y otras sorpresas. La búsqueda para Rosalino son sus aventuras y sus viajes; no es extraño, por tanto, que el caballero sea visto a los ojos de los demás como un loco, al igual que el barón o el ingenioso hidalgo. Pero, como forma, la novela antes que nada encierra la imagen del hijo en busca del padre; el autor, como Telémaco, lo confiesa: "*Las batallas de Rosalino* es la parte luminosa de mi padre y a él está dedicado, es un tes-

tejo a la vida" (Gaceta, núm. 2, Colcultura). La novela recupera la imagen del origen, "un hábil herrero nacido en Molagavita, casado en Miranda e instalado, con su yunque y sus martillos, en Málaga y Pamplona, lugares donde trabajó con el fuego y forjó doce hijos, de los cuales Triunfo es el mayor y el único que se apartó del oficio paterno" (ibíd.).

JORGE CADAVID

Varias veces descubiertos

Rin-Rin, Simón y la Viejecita
Rafael Pombo
Ilustraciones: Santiago Correa L.
Editorial Colina, Medellín, 1989

Cuenta Chesterton que unos editores ingleses del siglo pasado, Chapman y Hall, "deseaban hacer una publicación periódica ilustrada por su caricaturista en boga llamado Seymour", para lo cual contrataron a un joven y desconocido escritor llamado Charles Dickens, quien comenzó a relatar las malandanzas de una sociedad de viajes y exploraciones llamada el Club Pickwick. "Los siete primeros dibujos aparecieron firmados por Seymour, con texto de Dickens —relata Chesterton—. Antes que hubiera aparecido la octava edición, Seymour se había levantado la tapa de los sesos. Después de haberlo reemplazado por un corto intervalo por un tal Bues, Dickens obtuvo el concurso de Halbot K. Broune, al cual conocemos bajo el nombre de Phiz. Se puede decir, en cierto sentido, que fueron como asociados. Se completaban uno a otro y colaboraban, con Gilbert y Sullivan, en la obra común. Ningún otro dibujante creó como él, con la misma precisión y la misma nota de exageración, los personajes de Dickens, ningún otro vivió más en la atmósfera de Dic-

kens". (El relato de Chesterton continúa por otra vía que no viene a este cuento, pero es irresistible contarlo: Dickens mismo admitió que "Seymour no había sido elegido para ilustrar a Dickens, sino más bien para hacer el texto de las ilustraciones de Seymour", la viuda de éste demandó que el suicida era el verdadero autor del Club Pickwick. (Perdió).

Pocos autores, especialmente pocos autores, logran esa simbiosis de Dickens y Phiz. Y más cuando son clásicos, como lo es Pombo, el Pombo de Rin-Rin, Simón y la Viejecita.

Quizá tengamos que cerrar los ojos y, con un esfuerzo de la memoria que invoca nuestra propia sangre, recordar la manera exhaustiva, repetida, obsesiva, como mirábamos y nos aprendíamos las ilustraciones de los libros que tuvimos de niños. Quizá baste observar un niño de ahora mientras habla a solas describiéndose minuciosamente las ilustraciones cuando mira un libro.

En el caso particular de Pombo, el texto de sus versos infantiles, principalmente *Rin-Rin renacuajo*, *La pobre viejecita* y *Simón el bobito* —los tres poemas incluidos en este libro de Colina—, está casi indeleblemente fijado en la memoria colectiva colombiana; desde el encopetado sesentón hasta la niña impúber, desde la madre campesina hasta el más rígido teniente, todos podemos repetir a fragmentos los tres textos. Pocos saben, sí, que los tres tienen su origen en poemas populares de los Estados Unidos del siglo pasado, que la casa Appletons, de Nueva York le encargó a Pombo que tradujera del inglés al español. Resultaron poemas autónomos del original, creaciones propias de Pombo. Admitiendo que todos los colombianos tenemos nociones de los tres personajes, la imagen de cada uno y la secuencia de la historia está ligada en cada caso a la edición donde se detuvieron los ojos del primer descubrimiento, pues en el caso de los tres poemas, todos, también, todos los descubriremos varias veces en la vida.

"Un clásico es un rey que puede ser momentáneamente abandonado", escribe Chesterton en el mismo texto en que relata la anécdota de Dickens.

Aparte de las ilustraciones que acompañan estos poemas en las antologías durante años, la edición de Pombo que circuló provenía de España y llevaba el título de *Cuentos pintados* e incluía los principales poemas infantiles de Pombo. Ahí las ilustraciones eran coloridas y los colores eran planos e intensos. Los contornos de las figuras eran definidos, contorneados. Luego vino el intento de Lorenzo Jaramillo, uno de los más talentosos pintores jóvenes de Colombia, con el que se demostró una vez más que las cualidades de pintor, así sean destacables, no necesariamente son las de un Phiz que se refunde con el texto sin gestos innecesarios de exhibición del toque personal o de las abstracciones del ilustrador.



Santiago Correa L. es el encargado de volver imágenes los tres poemas de Pombo en esta edición. Cuenta con la ventaja de ser fiel al texto. Por ser sólo Rin-Rin, Simón y la Viejecita, las estrofas están muy repartidas en las páginas y Correa puede ser muy exhaustivo y puede convertir en ilustración casi todos los versos. Nuevas generaciones de colombianos deberán a este ilustrador la imagen visual de los míticos personajes e historias de Pombo.

ENRIQUE CASTRO